

“LANCES DE NOCHEBUENA”

El novelista Moisés Vargas (1843-1898) publicó sus *Lances de Nochebuena* en el primer y único número de *La diversión de las familias*, cuadernillo destinado a recoger novelas, cuadros de costumbres chilenas y artículos, y que el autor de esta obra dirigía. Este número único apareció en julio de 1865, cuando el autor tenía sólo veintidós años de edad y recién se iniciaba en la literatura. Estos *Lances de Nochebuena* junto a los dos relatos breves que Juan Uribe Echevarría ha reunido en una pulcra edición, con prólogo y notas de su pluma, constituyen lo mejor de la obra literaria de Moisés Vargas.

La cruz blanca es una novela corta que apareció en 1875 en la *Revista Chilena*, y *El Anillo del Muerto*, su última producción, apareció en *El Ferrocarril* del 7 de agosto de 1882. Esta es, como la anterior, una breve novela cuya característica más importante es la “voluntad de estilo” que evidencian tanto la composición como la prosa del casi desconocido escritor. Junto al matiz manifiestamente romántico, hay una nota “vallinclanesca” en la voluntad de estilo y en la configuración casi de “esperpentos” de muchos de sus personajes, con una extraña acrimonia impuesta persistentemente en la visión novelesca.

Moisés Vargas publicó además, dos novelas de forma y extensión folletinesca muy dentro del gusto literario de la época: *Adiós a la vida*, en 1870, y *Un drama íntimo*, en 1872.

Quince años antes de su muerte, Moisés Vargas cesó en el ejercicio de la creación literaria, impedido al parecer por las tareas del funcionario y por su dinámico espíritu periodístico que lo llevó a reseñar varios años del movimiento cultural del país.

Moisés Vargas pertenece a una generación que comandó literariamente Alberto Blest Gana (1830-1920), y a la que pertenecen, entre otros, Román Fritis (1829-1874), Román Vial (1833-1896), Daniel Barros Grez (1834-1904), Vicente Grez (1843-1909), y Pedro Ruíz Aldea (1835-1870), estudiado anteriormente por Juan Uri-

be-Echevarría al publicar *Tipos y Costumbres de Chile*, del escritor sureño, con un completísimo estudio preliminar. Todos estos escritores están unidos por más de un común denominador generacional. El ritmo interno en la vida de las generaciones del siglo pasado ha sido muy lento y un fiel reflejo de la realidad espiritual de ese tiempo. Entre esta generación y las dos que la preceden y la que le sigue, hay muy escasas diferencias, y los tópicos o notas diferenciales son sólo de grado dentro de características muy semejantes. Son, por lo menos, tres generaciones románticas que cultivan, apenas con diferencias de matiz, el género costumbrista que se conserva a lo largo de todo el siglo a partir de *Jotabeche* (1811-1858). Tres generaciones encabalgadas en la aparición, desarrollo y esplendor del realismo literario, por un lado, y del positivismo filosófico y científico, por otro.

Desde comienzos del siglo XIX, se ha evidenciado una sostenida posición nacionalista en literatura, manifestada en la constante búsqueda de una expresión original en un sostenido afán de autoconocimiento. Sólo la generación subsiguiente a la de Blest Gana, Vargas, Barros Grez, llegará a consolidar esto en una obra literaria estéticamente valiosa y cuantitativamente apreciable.

La creación de tipos y de ambientes costumbristas en *Lances de Nochebuena*, es realmente notable a lo largo y a lo ancho de la novela. Encontramos una galería de personajes ricamente configurados y notablemente caracterizados en su traza, conducta y vocabulario.

Aparecen las más variadas formas de celebración civil de la Nochebuena: desde la simple apuntación folklórica, hasta el dato de valor histórico. Hay en este libro una interesante captación de elementos que revelan parcialmente la intrahistoria, la historia menuda, del país en el siglo pasado.

Tramando simplemente la acción novelesca, Vargas nos muestra los lugares tradicionales de celebración y festejos: el *Hotel Inglés* y el baile de máscaras del *Teatro Municipal*, hacia los cuales derivan los personajes del cuadro inmediatamente anterior, en casa de "las Mandujano", para encontrarse con los ocasionales parroquianos de la

“fonda de Ño Pablo” —con quienes se inicia la novela— que pasan previamente a casa de “las Membrillares” para hacerse de improvisados disfraces.

La técnica curiosa de todos los relatos nos evidencia un intento de superación de la modalidad propiamente romántica, hacia una más depurada forma realista. En la solución técnica no podemos descubrir sino una actitud simplista a la cual falta la auténtica ingenuidad que el realismo literario intentará con su movimiento. Sin embargo, la presencia simple del narrador, *deus ex machina*, sin poesía y demasiado cerebral, permanecerá, mitigada claro está, aun en las mejores novelas del realismo. Ello no evidencia en todo caso, una imposibilidad de permanecer, no ya de volver, sobre la corriente del romanticismo, y la necesidad imperiosa de conseguir un nuevo verismo literario. Es ésta, tal vez, la enseñanza más valiosa que nos deja el conocimiento de las obras de Moisés Vargas. Hay que agradecer a Juan Uribe-Echevarría, la valiosa contribución al conocimiento de la literatura nacional que significa la publicación de esta obra y la del completo estudio que acompaña a la excelente edición del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Universidad de Chile, en su colección de Libros Raros o Curiosos de la Literatura Chilena.—*Cedomil Goic*.